

Breve historia del Ejército Napoléonico

La Grande Armée de Napoleón
y sus aliados

Jonathan Jacobo Bar Shuali



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia del Ejército Napoleónico*
La Grande Armée de Napoleón y sus aliados
Autor: © Jonathan Jacobo Bar Shuali

Copyright de la presente edición: © 2022 Ediciones Nowtilus, S. L.
Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: NEMO Edición y Comunicación

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición digital: 978-84-1305-244-1
Fecha de edición: marzo 2022

*Para Yaffa Trachtenberg, superviviente
de una guerra mundial.*

Para mis padres, ejemplo de rectitud.

*Para mis hermanos, luchadores
en un mundo de locos.*

Para Patricia, mi hogar.

Índice

Nota del autor.....	13
Prólogo	17
Capítulo 1. La administración militar.....	29
La excelencia	29
Reglamentos, administración y teóricos de la guerra	31
El barón de Bardin y su epopeya legislativa.....	41
Los cuerpos de administración.....	49
El Consejo de Administración Regimental	56
Capítulo 2. El preludeo al Gran Ejército de Napoleón: Borbones, «carmañoles» y la Primera República francesa	63
El Ejército del Antiguo Régimen	63
La Guerra de los blancos y los azules.....	69
Los oficiales en los primeros ejércitos de la República 1792-1797.....	79
Composición de los regimientos de línea y ligera 1791-1798	86

Equipo y uniforme 1791-1798.....	94
Los primeros «pilotos»: los globos aerostáticos al servicio del Ejército francés	108
Capítulo 3. La Armée y su evolución.....	121
Oficialidad	121
El Estado Mayor de Napoleón I	139
Guías del Estado Mayor	157
Los hombres del emperador:	
los más famosos generales	159
La Legión de Honor	171
Infantería de la Grande Armée	174
Reclutamiento en el Imperio francés.....	193
Equipo en época imperial:	
infantería de línea y ligera.....	199
El dolor de la marcha: merodeo y vivencias del soldado.....	218
Policía militar y aduanas imperiales	228
Músicos: infantería	234
Caballería	242
Artillería	268
Guardia Consular	277
Servicios médicos	282
Capítulo 4. El Imperio francés:	
la Guardia Imperial	289
La entrada en la Guardia Imperial	289
Los granaderos.....	296
Cazadores y <i>voltigeurs</i>	303
Los fusileros	305
Los jinetes más bravos de Europa	311
Larrey: cirujano jefe de la <i>Garde Impériale</i>	320
El cuerpo de veteranos e inválidos	322

Capítulo 5. Los ejércitos aliados de Napoleón: el caso de los estados alemanes.....	329
Los soldados de la Confederación del Rin.....	329
Capítulo 6. Regimientos extranjeros.....	337
La Legión irlandesa.....	337
Los mamelucos	342
El Batallón «israelita» de Lodewijk Bonaparte.....	345
Los soldados de color en la Armée	349
Capítulo 7. Las civiles y el Ejército francés	355
Las mujeres.....	355
Anexos	361
Marchas populares de la tropa	361
Partes del uniforme francés: breve glosario	365
Bibliografía.....	369
Fondos documentales	369
Publicaciones.....	370

Nota del autor

El trabajo aquí expuesto es el conjunto de una serie de vivencias y estudios en los últimos seis años de mi formación como historiador. Es gracias a los gloriosos estandartes con una «N» en su centro que mi querido padre me dibujaba cuando yo cursaba la primaria que, hoy, puedo presentar ante ustedes este compendio que recibe por título «Breve Historia del Ejército Napoleónico. La Grande Armée de Napoleón y sus aliados».

Me gustaría advertir al lector que este libro ha sido redactado con el objetivo de que pueda servir de elemento de consulta para el público general. Es por ello por lo que a lo largo del relato hago uso de normativas concisas y administraciones militares, junto a

experiencias personales de lo más peculiares de la propia época como se da en el caso de Constant, el pobre ayudante de Napoleón que más de una penuria tuvo que sufrir. Asimismo, en algunos casos la información se ha resumido o adaptado para una mejor comprensión del lector y ruego tengan este último aspecto en cuenta. Por otro lado, algunos temas, y debido a este resumen de contenidos, como son la artillería de la Guardia Imperial, los menores de edad en la Armée, la infantería de marina y la Armada francesa no se incluyen en este libro. Cada uno de ellos merecería un ensayo propio y conciso.

Antes de proceder con los agradecimientos debo mencionar a Óscar Corcoba y Carlos Díaz, ambos autores de esta casa, que en su momento me insistieron en que debía lanzarme a este proyecto. Por otro lado, debo señalar el apoyo moral que a lo largo del grado me han ofrecido el profesor Jorge García Sánchez, el profesor Jesús Cantera Montenegro y los miembros de la Asociación Napoleónica Fusiliers-Chasseurs Madrid.

En lo referente a lo institucional, debo destacar la amabilidad del Ministerio de Defensa, la Anne S.K. Brown Military Collection de la Universidad de Brown, el Museo Metropolitano de Nueva York, la Armería Histórica de Álava y el Museo de Miniaturas L'Iber al haberme permitido hacer uso de sus contenidos e imágenes, ya sea de sus exposiciones o catálogos on-line.

De igual modo, deseo agradecer a Claudia Muñoz Arnaiz, a Patricia Ponce de Asenjo y a Joan Catalá sus ilustraciones. Asimismo, reseñar las imágenes que aquí se muestran de Valischka Fotografía, Miguel J. Palomo, Jorge Blanco Mas y Jean-Pierre Sarraco.

Muchas gracias al Dr. Gonzague Espinosa-Dassonneville, al que estaré eternamente agradecido por el prólogo que precede este trabajo. No quiero

dejar de mencionar a mi fiel compañero Thomas Rahm Armuña, a quien siempre acudo a la hora de enfrentarme a numerosas dudas.

Todos los extractos que se citan en el presente trabajo proceden de colecciones privadas, fondos documentales gubernamentales, trabajos científicos o ediciones críticas modernizadas. Es por ello por lo que, en algunos casos, el lector podrá reconocer erratas o un uso no reglado de mayúsculas y minúsculas con el fin de conservar la originalidad de los diversos escritos entre siglos pasados y el presente.

Hace poco, pude impartir para el Ayuntamiento Madrid una modesta conferencia en la que traté diversos temas relacionados con la Grande Armée. Al finalizar la actividad, uno de los miembros de la mesa, hoy veterano catedrático ya retirado y eminencia para los historiadores militares, me hizo saber que, en cierto sentido, había cambiado su modo de ver el Ejército de Napoleón Bonaparte. Desde mi sincero y humilde trabajo, espero lograr este mismo efecto en alguno de ustedes.

Prólogo

Las guerras napoleónicas han sido consideradas durante mucho tiempo como el arquetipo de la gran «epopeya bélica». Ya sea en la literatura, o en las artes, este mito alimentó todo el siglo XIX, en Francia, y en Europa, pero también en el resto del mundo: donde la figura de Napoleón Bonaparte sigue despertando gran interés. En la siguiente centuria, sin embargo, el mito perdió su importancia, como consecuencia de la desafección política por la figura del emperador francés, pero también por las guerras mundiales que ensangrentaron este siglo, devolviendo al conflicto napoleónico a un pasado «antediluviano». Por otro lado, este mito sigue vivo entre anglosajones y rusos, e incluso interesa a los historiadores españoles, como nos demuestra el autor de este libro.

Napoleón I Bonaparte es uno de los mayores líderes militares de la historia. La Revolución francesa le dio su oportunidad. Heredó grandes ejércitos comandados por jóvenes oficiales audaces e inconformistas que, dirigieron campañas memorables bajo su mando, creando, brevemente, un imperio que se extendió desde el Tajo hasta el Vístula. Aunque todos los grandes conflictos combinan tradición e innovación, las guerras de la Revolución francesa, y las napoleónicas, marcan una clara ruptura con el pasado y están en el origen de las prácticas bélicas modernas de la Edad Contemporánea. Hasta entonces, los conflictos anteriores nunca habían movilizado recursos civiles y militares a una escala de tales magnitudes, lo que dio lugar a cambios significativos en el tamaño y el carácter de los ejércitos. Mientras que, con la guerra de los Siete Años, se estaban produciendo cambios, las campañas del siglo XVIII, a menudo, no eran concluyentes: los ejércitos masivos de Napoleón operaban a un nivel mucho más alto, con una velocidad y determinación sin precedentes. La Revolución francesa anunció una nueva forma de hacer la guerra, la superioridad de los ejércitos jacobinos nunca fue significativa. Solo después de que Napoleón tomara el poder, las «campañas relámpago» dieron lugar a grandes y decisivas batallas que sirvieron de modelo para varias generaciones de oficiales posteriores.

Durante quince años, Napoleón tuvo que luchar contra seis coaliciones europeas. Tras el paréntesis revolucionario, «aspiraba» a defender los logros de 1789 contra la amenaza de los monarcas europeos —antes de exportar sus efectos a los estados vecinos con la extensión de la guerra y la gran idea de las «fronteras naturales» (Rin, Alpes, Pirineos)— el emperador retomó los que habían sido los objetivos del Antiguo Régimen francés: la expansión territorial y la hegemonía continental, un

viejo sueño nacido con Francisco I en el siglo XVI, y continuado por Luis XIV en el *Grand Siècle*. El poderío militar de Napoleón permitió convertir a Francia en el estado más importante del continente: reorganizó el territorio en torno a su inmenso imperio, epicentro de su «sistema» político colocando a miembros de su familia en los tronos de Nápoles, Holanda, España y Westfalia. Pero esta política exterior le llevó demasiado lejos desde el punto de vista estratégico provocando su caída. Hasta 1807, Napoleón llevó a cabo guerras principalmente «defensivas». El Imperio francés era el heredero de la Revolución francesa y, como tal, la Europa monárquica estaba en guerra contra él.

Cuando Bonaparte llegó al poder en 1799 se enfrentó a las dos grandes potencias europeas que seguían en guerra con la República: el Sacro Imperio Romano Germánico y Gran Bretaña. Fue en Italia donde el primer cónsul decidió plantar cara a los austríacos. Reunió un cuerpo de reserva cerca de Dijon (en Borgoña) pero el Ejército de Italia de Masséna fue sorprendido por la ofensiva austríaca y tuvo que rendirse en Génova el 4 de junio de 1800. Desbaratados sus planes, Napoleón eligió la ruta más difícil, pero la más corta hacia Italia. De este modo, se dio la subida del gran San Bernardo, inmortalizada y mitificada por el cuadro de Jacques-Louis David. Después de haber empujado a los austríacos en Montebello (9 de junio), tuvo lugar otro gran encuentro entre los dos ejércitos en Marengo (14 de junio). La dispersión de las fuerzas francesas estuvo a punto de conducir a sus hombres a la derrota, pero la llegada inesperada del general Desaix transformó la probable derrota en victoria. Se suspendieron las hostilidades a la espera de las negociaciones de paz en Lunéville. Más adelante, el Ejército de Alemania de Moreau es atacado por el del archiduque Carlos. Sin

embargo, cerca de Múnich, los austríacos son aplastados en Hohenlinden el 3 de diciembre de 1800. Ante una posible caída de Viena, los austríacos resolvieron firmar el Tratado de Lunéville (1801). En este último, se reconocieron las conquistas de la Revolución en Alemania e Italia. Aislada, Inglaterra hizo lo propio con el Tratado de Amiens (1802), poniendo fin a la Segunda Coalición (1798-1802). En esta fecha, Europa estaba en paz por primera vez en diez años. Hasta 1804 Napoleón fue el «hombre de la paz» para sus contemporáneos.

La rivalidad franco-inglesa y los intereses antagónicos llevaron a la reanudación de la guerra en 1805. Bajo la égida de Gran Bretaña —contra la que Francia mantenía una guerra a muerte desde finales del siglo xvii—, una tercera coalición (1805) reunió a Rusia, el Sacro Imperio y Suecia con la ayuda de la «caballería de San Jorge», metáfora francesa que acusaba a Inglaterra de utilizar su dinero más a menudo que su ejército para sobornar a los políticos de los países europeos. Con esta noticia, Napoleón dirigió sus cuerpos de ejército, que se habían extendido a lo largo del Canal de la Mancha con vistas a invadir Inglaterra, hacia Alemania. El Ejército de Italia de Masséna se encargó de contener al enemigo. Entre el 25 y el 29 de agosto de 1805, el emperador dio a sus fuerzas el nombre de *Grande Armée*.

Rodeado en Ulm, el general austríaco Mack capituló con 25.000 hombres (20 de octubre), abriendo el camino hacia Viena. Sin embargo, los rusos y los austríacos consiguieron unir sus fuerzas en Bohemia. El 2 de diciembre Napoleón obtuvo un brillante éxito en Austerlitz, convirtiéndose así en la victoria napoleónica por excelencia. Derrotado, el Imperio austríaco se propuso la firma de la paz de Presburgo (26 de diciembre). En cuanto a los rusos, estos se retiraron, pero siguieron en guerra hasta más adelante. Esta campaña

victoriosa se vio empañada, sin embargo, por el desastre naval de Trafalgar (21 de octubre), donde la flota franco-española fue hundida por su adversario británico. Aunque aisló a España de sus territorios americanos, esta derrota no puso en duda la estrategia continental de Napoleón, ni siquiera sus ambiciones navales. A pesar de ello, la *Royal Navy* era ahora la dueña de los mares.

Tras haber estado a punto de intervenir en 1805, Prusia vio arruinada su hegemonía en el norte de Alemania por la política de Napoleón. En efecto, la creación de la Confederación del Rin sobre las ruinas del milenario Sacro Imperio Romano Germánico —que obligó a Francisco II de Habsburgo a abdicar de su título de emperador para convertirse en «emperador de Austria»— estableció una alianza militar de estados vasallos bajo el control de Napoleón, que era su «protector». Prusia encabezó, entonces, una cuarta coalición (1806-1807) con Rusia e Inglaterra. Napoleón, cuyo ejército había permanecido en Alemania, decidió tomar la ofensiva antes que su adversario. El 14 de octubre de 1806, el grueso de la Grande Armée se enfrentó a la retaguardia prusiana del príncipe de Hohenlohe en Jena, mientras que el Cuerpo de Ejército del mariscal Davout, enviado a explorar los flancos o la retaguardia del enemigo, se encontró solo contra el grueso de las fuerzas prusianas del duque de Brunswick en Auerstädt. Napoleón aplastó fácilmente a su oponente en Jena, pero la sorpresa se la dio Davout que, con 30.000 hombres, derrotó al grueso del ejército enemigo, 55.000 soldados experimentados. Los dos ejércitos prusianos derrotados fueron perseguidos hasta que se rindieron. Huyendo a Königsberg (hoy Kaliningrado), al rey de Prusia solo le quedaban unos pocos miles de hombres bajo su mando.

Con Prusia aplastada, la Grande Armée se dirigió hacia el Ejército ruso que llegó al Vístula en diciembre

de 1806. La campaña se desarrolló en dos etapas: la primera fue una campaña de invierno, que duró hasta febrero de 1807, durante la cual los dos adversarios entablaron combates «no decisivos». En esta última, el general ruso, Bennigsen, no cayó en las trampas tendidas por Napoleón y prefirió retirarse a Königsberg, en el norte. Al iniciar su persecución, el emperador libró la batalla de Eylau (8 de febrero) que se convirtió en una masacre. Fue una victoria pírrica que obligó a Napoleón a levantar sus cuarteles de invierno. La segunda parte de la campaña comenzó con la capitulación de Danzig (27 de mayo). La reunión decisiva tuvo lugar en Friedland (14 de junio) y llevó al zar Alejandro a firmar la paz de Tilsit (9 de julio). El tratado puso fin a dos años de campaña y reforzó la posición dominante de Francia. También debilitó considerablemente a Prusia y formó un eje franco-ruso para resolver los conflictos entre las naciones europeas.

En 1807 Napoleón derrotó a todos sus oponentes. Solo Gran Bretaña permaneció en su «torre de marfil». Se estableció un sistema de guerra económica (bloqueo continental) que le llevó a intervenir en la península ibérica para someter a Portugal, aliada de los británicos. El territorio luso fue ocupado en noviembre de 1807. Las rencillas familiares entre el rey de España Carlos IV y su hijo Fernando, que acababa de destruirlo durante el motín de Aranjuez (17 de marzo de 1808), y la desconfianza que sentía por la política de Manuel Godoy, llevaron a Napoleón a intervenir en los asuntos internos españoles. Poco consciente de las realidades locales, pensó que sustituir a los Borbones por los Bonaparte sería suficiente para iniciar un nuevo ciclo político en España, como había hecho en el resto de Europa con su *système de famille* (sistema familiar). Sin duda, el error le costó a Napoleón gran parte de su

futuro político y abrió décadas de inestabilidad en toda Europa. Las abdicaciones forzadas de los soberanos en Bayona y su sustitución por José Bonaparte, dieron lugar a una guerra feroz, que se convertiría en el «cáncer» del Imperio francés. La reputación de «invencibilidad» de los ejércitos franceses se ve sacudida por dos catástrofes (aunque uno de ellos ya había sido derrotado por los ingleses en Maida en 1806): la capitulación del general Dupont en Bailén (22 de julio) y la del general Junot que, por la Convención de Sintra (30 de agosto), abandonó Portugal. Para restaurar su prestigio, Napoleón intervino personalmente en noviembre de 1808 con más de 200.000 hombres. Aunque los ingleses se vieron obligados a retirarse a La Coruña, y Zaragoza capituló en febrero de 1809, el Ejército de Napoleón fue incapaz de superar la guerra de guerrillas que transformó toda la península en un campo de batalla. Esta nueva, y total, guerra se prolongó durante cinco años con distinta fortuna, cientos de escaramuzas, decenas de asedios y batallas, etc. Con el exterminio de la Grande Armée en Rusia (1812), Napoleón retiró a sus mejores soldados de España para enviarlos a Alemania. Los demás se movilizaron lentamente hacia los Pirineos. La batalla de Vitoria (21 de junio de 1813) supuso el «final parcial» de la presencia francesa en suelo español.

En 1809 las potencias europeas comenzaron a ponerse al día con los métodos de guerra de Napoleón. Las facciones europeas aumentaron sus efectivos y adoptaron el modelo de «cuerpo de ejército» como principal unidad de maniobra; mejoraron su liderazgo y se equiparon con una importante artillería. Austria fue arrastrada a la alianza inglesa contra Napoleón, queriendo aprovechar la presencia del emperador y su ejército en España. Este último, se vio obligado a partir precipitadamente hacia Alemania tras haber reunido un

nuevo ejército de 200.000 hombres, compuesto principalmente por reclutas menos experimentados que en las campañas anteriores. Tenía la intención de repetir la operación de 1805 y marchar sobre Viena. Tras varias batallas, el grueso del Ejército austríaco seguía «intacto», separado del francés por el Danubio. Al entrar en la capital, Napoleón encontró los puentes destruidos. Para cruzar el río, se eligió el emplazamiento de la isla de Lobau a 5 km aguas abajo de Viena. Aislada, Austria firmó el duro Tratado de Schönbrunn (14 de octubre) poniendo fin a la Quinta Coalición. Esto preparó el camino para el matrimonio de Napoleón con María Luisa, hija del emperador Francisco, que convertiría a Austria en aliada del gran corso.

Durante dos años, el emperador francés permaneció alejado del mando del ejército. Aparte de España y de las guerrillas tirolesas y napolitanas, Europa había sido pacificada. Pero el zar Alejandro estaba cada vez menos dispuesto a aplicar el bloqueo continental que asfixiaba su economía. Creyendo que la guerra era inevitable, Napoleón tomó la iniciativa de invadir Rusia en 1812. Reunió una masa de más de 600.000 hombres. Sin embargo, «solo» 400.000 cruzaron el Niemen. El general ruso Kutúzov practicó una estrategia de «tierra quemada» y se negó sistemáticamente a combatir, dejando que el Ejército napoleónico se hundiera en la inmensidad de Rusia para cortar mejor sus líneas de comunicación. La gran batalla deseada por Napoleón se libró, finalmente, cerca de Moscú, ya que Kutúzov fue obligado por el zar a entrar en combate. Se trata de la batalla de Borodinó para los rusos, de la Moskova para los franceses. Otra victoria pírrica, Napoleón entró en Moscú dos días después. Presenció el incendio de la ciudad y ordenó, tardíamente, la retirada (18 de octubre), pensando inicialmente en instalarse en sus

cuarteles de invierno. Al bloquearle el paso Kutúzov, Bonaparte se vio obligado a tomar el mismo camino que había elegido a la ida.

La terrible retirada de Rusia estuvo inmersa en una multitud de batallas contra un enemigo escurridizo, cuyo episodio más famoso fue el paso del Berézina, donde Napoleón logró escapar de ser rodeado por decenas de miles de adversarios. La Grande Armée fue destruida. El desastre de la campaña reavivó la esperanza de alemanes y austríacos. De este modo, Prusia se une a la Sexta Coalición en 1813. Fue en Sajonia donde se libraron las batallas decisivas. Napoleón logró reconstituir un ejército con el que obtuvo las victorias de Lützen (2 de mayo) y Bautzen (20-21 de mayo), pero no pudo perseguir a su adversario por falta de caballería. El emperador negoció, entonces, un armisticio para reconstruir sus fuerzas mientras los rusos y los prusianos se aseguraban el apoyo de Austria y Suecia. Las fuerzas de la coalición dividieron sus fuerzas en tres ejércitos y decidieron evitar el combate con Napoleón, pero no con sus mariscales. Si el emperador obtuvo la victoria en Dresde (26-27 de agosto), sus lugartenientes fueron sistemáticamente derrotados en Gross Beeren (23 de agosto), en Katzbach (26 de agosto), en Kulm (30 de agosto) y en Dennewitz (6 de septiembre). Con un ejército todavía muy disperso, Napoleón se enfrentó a la coalición en Leipzig. Con 160.000 hombres, se enfrentó a 320.000 enemigos en la «Batalla de las Naciones» (16-19 de octubre). Derrotado, se retiró en medio de un terrible desorden, pero obligó a los bávaros a pasar por Hanau (30 de octubre) y volvió a cruzar el Rin. Por primera vez desde 1793, el territorio francés estaba amenazado.

El acto final se desarrolla en 1814 durante la campaña de Francia. La situación militar era

desesperada. Napoleón todavía tenía 300.000 hombres, pero 100.000 estaban sitiados en fortalezas en Alemania, Italia y España. Los otros, defendían las fronteras pirenaicas, el Rin e Italia. Finalmente, el emperador contó únicamente con 70.000 hombres bajo sus órdenes directas frente a los 650.000 soldados de la coalición. Sin embargo, obtuvo una serie de victorias al frente de un ejército de reclutas jóvenes, inexpertos y disminuidos (los «Marie-Louise»), especialmente en Champaubert (10 de febrero), Montmirail (11 de febrero) y Montereau (18 de febrero), gracias a la división de los ejércitos enemigos. Pero la desproporción de fuerzas acabó con su contingente. La coalición entró en París el 30 de marzo. Napoleón abdica el 6 de abril en Fontainebleau y se exilia en la isla de Elba. Sin noticias de la capital, el mariscal Soult libra una última e inútil batalla en Toulouse contra el Ejército anglo-portugués (10 de abril), último avatar de la guerra de Independencia española.

Tras el desembarco en Golfe-Juan, en marzo de 1815, el regreso de Napoleón condujo a la formación de la Séptima Coalición. Las potencias europeas, reunidas en el Congreso de Viena, declararon al rey de Elba «forajido». Amenazado por 700.000 infantes, Bonaparte decidió atacar a los que estaban más cerca y a los que consideraba más débiles, los anglo-holandeses de Wellington y los prusianos de Blücher, estacionados alrededor de Bruselas y Namur. Estos últimos, estaban decididos a permanecer a la defensiva a la espera de los ejércitos ruso y austríaco en el Rin. Napoleón no tuvo más remedio que atacar. Los prusianos fueron derrotados en Ligny (16 de junio) pero el mariscal Ney fracasó frente a Wellington en Quatre Bras el mismo día. Creyendo librarse de los prusianos, cuya persecución había confiado al mariscal Grouchy, el

emperador decidió marchar sobre los anglo-holandeses mencionados más arriba. Establecido en una posición defensiva en el Mont-Saint-Jean, Wellington resistió el choque de Waterloo (18 de junio). El Ejército francés se agotó a sí mismo en ataques infructuosos contra un enemigo bien atrincherado, pero al borde del desastre. La inoportuna llegada de los prusianos de Blücher selló el destino de la batalla a favor de los «aliados», mientras Grouchy luchaba contra un cuerpo de ejército prusiano en Wavre. Esta «gloriosa derrota», que aún hoy resuena, puso fin a la aventura de los Cien Días de Napoleón.

Obligado a abdicar a finales de mes, fue exiliado a Santa Elena. Una isla perdida en medio del Atlántico sur, donde falleció en 1821. Lejos de limitarse a Europa, las guerras napoleónicas también tuvieron repercusiones mundiales. Al esforzarse por establecer la hegemonía francesa, Napoleón fue indirectamente responsable de la independencia de la América española, pero también de la recomposición política en Oriente Medio, de la afirmación de las ambiciones imperialistas de Gran Bretaña, y contribuyó al ascenso del poderío estadounidense.

En Europa, las fronteras nunca se habían movido tan rápido. No existe otra etapa en la historia con tantos cambios de propiedad en los tronos europeos. El mapa del continente, desde el Tratado de Campo Formio (1797) hasta el Congreso de Viena (1815), ha sufrido más cambios que en el medio siglo anterior. Este conflicto internacional también planteó la importancia de la identidad nacional en el contexto ulterior a la Revolución, desafiando el principio de legitimidad dinástica y territorial. Las monarquías pensaron que podían borrar los efectos de la República francesa, mientras que los cambios internos de los estados eran, de hecho, irreversibles. Las nuevas ideas cambiaron la vida política y el «juego» económico. La sociedad cambió

en todos los aspectos, y la destrucción del feudalismo fue acompañada, a menudo, por la introducción del Código Civil.

Al final, más de un millón de franceses narraron la historia de las campañas de Napoleón Bonaparte. Pero no todos llegaron a dar al emperador una imagen divinizada al afirmar, como el comandante Genestas de Honoré de Balzac en su obra *El Médico rural* (1833), que (...) *no es a un hijo de mujer a quien Dios habría dado el derecho de escribir su nombre en rojo como escribió el suyo en la tierra, que siempre lo recordará*; pero sí lograron crear la «leyenda napoleónica». A pesar del fracaso final de Napoleón, su reputación de gran capitán le sobrevivió, y las técnicas de combate desarrolladas hacia el final de las guerras napoleónicas siguieron siendo útiles hasta los primeros veinticinco años del siglo XIX. Las maniobras tácticas de los diversos conflictos europeos que siguieron y de la guerra de Secesión de los Estados Unidos no habrían hecho temblar a ninguno de los generales de la época napoleónica.

Gonzague Espinosa-Dassonneville
Doctor en Historia por la Avignon Université
Representante del Souvenir Napoléonien

1

La administración militar

La guerra es un estado natural

Máxima 101
de Napoleón Bonaparte.
Honoré de Balzac, 1852.

LA EXCELENCIA

Decía un historiador que «todo ejército resulta ser un reflejo de la sociedad que lo conforma» y, de hecho, así es. *La Grande Armée* (el Gran Ejército) del emperador Napoleón I Bonaparte supuso un cambio en la mentalidad militar que se venía fraguando desde la década de 1770. La «meritocracia militar» ofreció a Francia y al Primer Imperio francés uno de los mejores ejércitos del que haya sido testigo la historia europea. Sin embargo, y como hemos indicado más arriba, los

Buonaparte no llevaron a cabo una política administrativa y militar desde la nada. Los ejércitos de la Casa de Borbón habían establecido un claro precedente gracias a su carrera por mejorar el «arte de la guerra». Así, cabe destacar una considerable cantidad de oficiales y académicos, que trabajaron en pro de sus fuerzas armadas. François-Jean (barón de Mesnil-Durand), Joly de Maizeroy y Jean Baptiste Vaquette de Gribeauval en el Antiguo Régimen; M. Foissac, Louis Alexandre Berthier, M. Marescot, Jean-Baptiste Jourdan, J. Cacault en el Consulado; Étienne Alexandre Bardin, Henri Jacques Guillaume Clarke y el conde Vincent Corvin Krasinski en el Imperio. Por último, el mariscal Louis Nicolas Davout en 1815 y el general Sylvain Charles Valée con la segunda restauración borbónica, todos ellos perfilaron la maquinaria militar francesa a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XIX. A pesar de ello, sus facetas como matemáticos, teóricos militares, enciclopedistas y administradores han pasado desapercibidas para el público general. Son solo unos pocos estudiosos los que conocen realmente la cara oculta al público de estas personalidades.

Los ejércitos de principios de siglo requerían una gran maquinaria administrativa que se ocupara de las cuentas, la legislación y el mantenimiento de las tropas. Los autores y sus medidas eran bien conocidas por Napoleón, quien desde la librería imperial Magimel (calle de Thionville nº 9, París, 1813) hacía acopio de los nuevos reglamentos y memoriales para su revisión. Es bien sabido que el emperador de los franceses aplicó su educación militar en todos los aspectos de su vida, priorizaba el orden y la rectitud. A su hermano José Bonaparte, futuro rey de España y Nápoles, le hizo saber en febrero de 1806:

Para mí, los partes de efectivos son la literatura más agradable de mi biblioteca, y la que suelo leer con el mayor placer durante mis ratos libres.

Durante las etapas del Consulado y el Imperio, Napoleón analizó todas las noches los partes de sus subalternos. Si las cifras de las unidades no cuadraban con las establecidas por el Ministerio de Guerra, él mismo se encargaba de que el jefe del cuerpo en cuestión fuera notificado de inmediato como se puede observar con el 4º Regimiento de ligeros:

Veo en París al Regimiento de Infantería ligera número 4, que figura con mil seiscientos hombres presentes y doscientos cincuenta y cuatro en los hospitales; el mejor batallón figura como reducido, lo que le da un total de dos mil cuatrocientos hombres: debe haber algún error.

Los investigadores Lévy (1893) y Paschetta (1930) reivindicaron el hecho de que «se puede afirmar que el mejor jefe de ejército de los tiempos modernos no ha sido, hablando con propiedad, sino el mejor soldado de su propio ejército: es decir, el que mejor conocía su oficio». Sin ninguna duda, el propio Napoleón como alumno de Brienne y la Academia Militar de París, además de todos los oficiales mencionados unas líneas más arriba, dieron fe de ello. En cualquier caso, no sería justo obviar que el oficial Bonaparte quedó cuadragésimo segundo de posición en el listado de notas de una promoción de cincuenta y ocho alumnos.

REGLAMENTOS, ADMINISTRACIÓN Y TEÓRICOS DE LA GUERRA

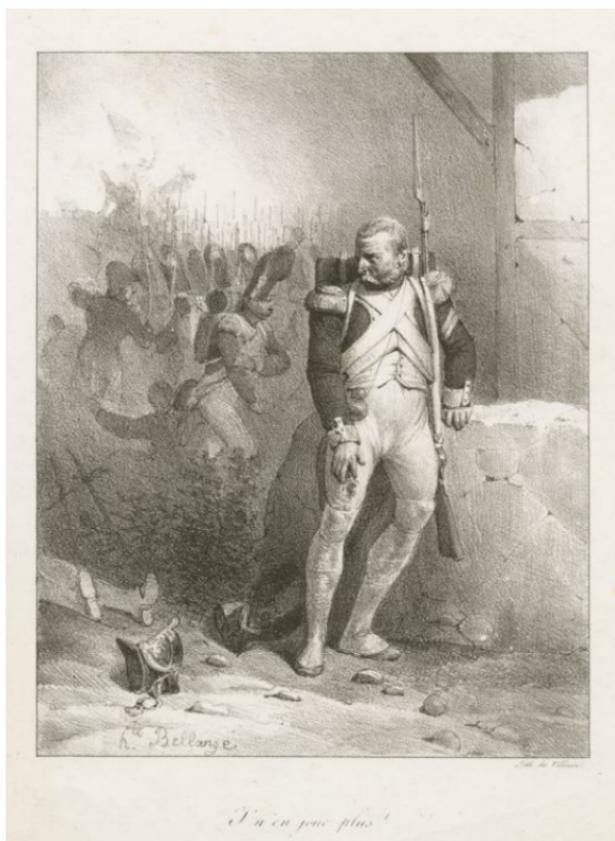
Napoleón Bonaparte afirmó que «los soldados valientes hacen la guerra y desean la paz» en marzo de 1797.

Para hacer la guerra, se precisaba de un marco teórico en el que los generales e ingenieros discutieran sobre la efectividad de sus armas y sus maniobras, en un país en el que los estados mayores se encontraban más que acostumbrados a tener rivalidad entre sí, con el fin de obtener el apoyo del mando central.

A finales del siglo XVIII se dieron notables cambios en la legislación militar, el reclutamiento, los derechos del soldado y el armamento. Autores como los ya mencionados François-Jean y Joly de Maizeroy publicaban sus obras «magnas»: *Projet d'un ordre françois en tactique, ou la phalange coupée et doublée soutenue par le mélange des armes* (1775) e *Histoire raisonnée des opérations militaires et politiques de la dernière guerre* (1785). Además de esta última, Maizeroy publicó ensayos sobre la caballería (1784), de asedios y maniobras (1763, 1765, 1767, 1777 y 1778) y de todo tipo de armamento (1770). Así, en el caso de la infantería de línea, surgían dos escuelas teóricas alrededor de cómo debía maniobrar un regimiento a pie en batalla. El primer grupo de oficiales sugería que no era tan necesario incidir en los aspectos teóricos en las academias militares y que estos últimos debían adquirirse mediante la experiencia frente al enemigo. El segundo grupo, señalaba la importancia del aprendizaje de las matemáticas y la geografía, la asimilación de los diferentes escenarios que se pudiesen llegar a dar en una situación de peligro. De este modo, según iba avanzando el conocido periodo de la «Ilustración», la producción de manuales oficiales proseguía y originaba una nueva discusión dentro de la infantería de línea. Desde la guerra de los Siete Años los soldados franceses avanzaban en conjuntos de dos a tres líneas guiados por sus oficiales y sus espontones. Hizo aparición una nueva formación caracterizada por una mayor profundidad, pero una menor distancia

entre sus costados. Muchos jefes abogaron por unidades densas que hicieran un intenso impacto en las cargas a la bayoneta y que, a su vez, fueran rápidas y mantuvieran compactos sus flancos, hecho que apoyaba el teórico François-Jean. Los acostumbrados al viejo orden preferían las delgadas líneas, en cambio, los nuevos oficiales «napoleónicos» tenían un gran gusto por los avances en columna. M. Middleton ha investigado las opiniones de los altos mandos franceses en 1800 sobre esta discusión y ha tratado de hacer uso de recreadores históricos para llevar a cabo estas difíciles maniobras. Los generales a favor del «orden profundo» en columna sostenían que, en primer lugar, aportaba un gran apoyo psicológico al fusilero raso. Cuando la tropa avanzaba frente al enemigo daba una mayor impresión por la profundidad de la formación. Asimismo, se trataba de una unidad más manejable con fácil conversión a las tradicionales líneas. El mariscal Ney era propicio a esta tipología de maniobras, tanto es así que en el futuro *Reglamento 1791* criticó severamente el que se mantuvieran algunas de las viejas formaciones. Parece ser que otros mariscales y generales como Davout o Guillaume Philibert Duhesme también debatieron sobre cuál podría ser la mejor opción.

El 1 de agosto de 1791, en pleno periodo revolucionario, se publicó el *Reglamento concerniente al ejercicio y maniobras de la infantería*. El nuevo código, posteriormente ampliado con nuevas aplicaciones para la vida en campaña con la *Regulación provisional del servicio de la infantería en campaña* (5 de abril de 1792), combinó las formaciones profundas con las delgadas dando origen a un «orden mixto». Otras cuatro ediciones se dieron entre 1794 y 1821. Su enorme éxito dio lugar a su divulgación entre los aliados de la República francesa, y a su estudio por parte de otras naciones como ocurriría



¡No puedo apuntar más! Hippolyte Bellangé, 1830,
cesión de Anne S.K. Brown Military Collection,
Brown University Library. Especial agradecimiento a la
institución. Un granadero herido del Primer Regimiento
de Granaderos de la Guardia Imperial permanece inmóvil.
Ante sus dolores se ve incapacitado para proseguir el
combate. H. Bellangé es un autor recomendado para aquel
que desea analizar las distintas fases
de la *Escuela del Soldado*.

en España, a raíz del Tratado de San Ildefonso (1796), e Inglaterra gracias a la Paz de Amiens (1802-1803). En 1815 las autoridades del cantón de Vaud, Suiza, publican su versión del reglamento *Escuela del soldado y del pelotón, para el uso de las tropas de la Confederación suiza, aprobado por el Gobierno del cantón de Vaud, mediante decreto del 4 de noviembre de 1803*. La versión original se divide en tres apartados y, en algunos casos, cuenta con un anexo que señala la evolución de las formaciones.

Según el reglamento mencionado unas líneas más arriba, la formación del soldado se dividía en tres etapas, cada una de ellas recibía su propio volumen. La *Escuela del Soldado*, la *Escuela del Pelotón* y la *Escuela del Batallón*. La importancia de esta instrucción recaía en el hecho de que un soldado inexperto tenía la oportunidad de formarse de manera gradual hasta alcanzar su formación completa. Es por ello por lo que se dio especial importancia a la formación individual del manejo del paso y el arma bajo la tutela directa de un sargento. La tropa no era integrada en los batallones activos hasta asegurarse de que dominaba los aspectos anteriores. En 1803 el oficial inglés John Macdonald traduce del francés la totalidad del reglamento, aunque en un orden distinto. Todos los historiadores militares concuerdan en que la leva menos instruida en estos ejercicios fue la de 1813. En el caso de la *Escuela del Soldado*, la primera etapa, se indicaba que los capitanes eran los responsables directos sobre los sargentos y su «capacidad de hacer instrucción». Estos suboficiales eran los encargados de formar y educar a sus jóvenes pelotones. El oficial superior menos experimentado debía ser el comisionado de formar, con uno o varios suboficiales, un grupo de reclutas en instrucción continua. El oficial, además de supervisar al grupo, era quien debía notificar que los reclutas ya estaban preparados para prestar servicio en combate. Para concluir esta etapa los soldados debían superar seis lecciones:

- Primera: formación y alineamiento, filas cerradas y abiertas.
- Segunda: posiciones de tiro, carga rápida de fusil y fuego por filas.
- Tercera: marcha en línea de batalla, marcar los tiempos, marcha atrás y los pasos.
- Cuarta: marchas por los flancos y variaciones.
- Quinta: pivotar y marchas en columna.
- Sexta: aumentar y disminuir los frentes de marcha y movimientos por secciones.

Los ingenieros, por su parte, obtuvieron su ansiado manual *Memorial del oficial de ingeniería* en 1803. Sin embargo, M. Foissac, capitán de ingenieros en 1777, ya había redactado un trabajo en 1790: *Tratado teórico-práctico y elemental sobre la guerra de trincheras*. Dividida en dos volúmenes, la obra publicada en 1803 fue dirigida por el inspector general de ingenieros M. Marescot y contaba con el apoyo del director de fortificaciones y material de ingeniería (intendencia) M. Senermont. El tratado abarcó numerosos aspectos desde el uso de minas a la fortificación de las defensas. Dos capítulos explicaban el uso de los detonantes y uno en específico de la pólvora, otros dos referenciaban los metales y la fundición. En total hay un conjunto de 24 capítulos sin tener en cuenta la circular inicial y el prefacio, solo en el primer volumen. Un año antes, en 1802, el ayudante comandante J. Cacault publicó en París las *Nuevas maniobras de la infantería contra la caballería*. Varios ejemplares de este documento alcanzaron nuestro país en la época consular y durante la propia guerra de Independencia española, o, a comienzos de esta. Así, disponemos de un ejemplar accesible al público en

la Biblioteca Militar Central, dentro del Instituto de Historia y Cultura Militar, en el que figura una dedicatoria que confirma nuestra tesis:

Donación hecha a la Academia por el teniente general D. José María a los comandantes (...) del 4º Batallón (...) en el año de 1808.

El conjunto revela numerosas tácticas en cuadro para repeler a la caballería, además de la posición dentro de las mismas por parte de los oficiales y los fusileros. Cuenta con dos facsímiles desplegables para detallar el orden y el movimiento de cada pelotón a la hora de integrarse en la formación defensiva. Debemos recordar que, a pesar de las nuevas publicaciones, como ya se ha señalado, el reglamento de la infantería de línea se fue actualizando. De este modo, agregaba tablas y esquemas sobre las órdenes, las pagas e incluso los pasos y minutos que debían durar dentro de la formación. El de 1808, a su vez, supuso una recopilación de todos los aspectos pulidos hasta la fecha. Este, añade una tabla dividida en ocho columnas y una leyenda. Se trata de un esquema en el que vienen detallados los tipos de marcha de la Armée: paso de ruta (1766), paso ordinario (1776-1791), paso único (1793), paso acelerado (1791), paso de carga (1791), etc. Las tres marchas básicas eran la ordinaria (76 pasos por minuto), la rápida (100 pasos por minuto) y la de carga (120 pasos por minuto).

La caballería también dispuso de grandes estrategias y teóricos militares. El más conocido de ellos es el conde Corvin Krasinski, oficial superior del Primer Regimiento de Lanceros polacos de la Guardia. Este militar de Europa oriental fue partidario de la introducción de las lanzas en la caballería ligera. En 1811 publicó un precedente para los posteriores manuales de

caballería del Primer y Segundo Imperio francés, *Ensayo sobre el mantenimiento de la lanza*. La dedicatoria que este fiel soldado dedicó a su emperador en el manuscrito rezaba lo siguiente:

A su majestad el emperador y rey.

Sire,

En el momento en que vuestra majestad armó con lanzas al regimiento de la Guardia que yo tengo el honor de comandar, he sentido que era mi deber ordenar en francés las órdenes necesarias para el mantenimiento de este arma, y de reseñar los modos en los que se utiliza en Polonia, en Austria y en Rusia y añadiendo lo que es más propio de un buen lancero. Como ninguna nación tiene un reglamento para el uso de la lanza, me he permitido la libertad de presentar a vuestra majestad este ensayo suplicándole que no vea otro fin en el mismo que la felicidad del servicio, y de que me haga digno del nombre de los más fieles y de los más devotos de sus súbditos.

Con mi más profundo respeto,

Sire,

De vuestra majestad. El más humilde y más obediente súbdito y servidor,

El conde Krasinski.

Reeditado en septiembre, el día 24, el Ministerio de Guerra lo publicó junto a los demás movimientos de caballería bajo el título de *Règlement portant instruction sur l'exercice et les manoeuvres de la lance du 24 septembre 1811*. Al igual que en el caso de la infantería, las unidades a caballo renovaron sus instrucciones, asimismo, el Ministerio publicó una serie de reglamentos teóricos como se da en 1809, y otros para su aplicación en campaña. Ese mismo año, se editó para las tropas a pie el *Reglamento provisional para el servicio de las tropas en campaña*.

En el caso de la artillería, la administración y la renovación de todos sus elementos fue realmente necesaria, debido a la carrera armamentística frente a los artilleros prusianos y austríacos. Como una de las partes troncales del ejército, según Napoleón Bonaparte, debía disponer del mejor material y para ello se sirvió de las investigaciones de Jean du Teil y Jean-Baptiste Gribeauval. El primero es el autor del ensayo *Uso de la nueva artillería de la guerra en campaña: conocimiento necesario para los oficiales destinados a comandar todas las armas* (1778). Por su parte, Gribeauval, procedía de una familia de militares y juristas. Entró al servicio de los Borbones en 1732 y compartió, un tiempo antes, la misma unidad que Bonaparte: el *Régiment de La Fère*. En 1748 diseñó una nueva cureña para las bocas de fuego situadas en baluartes, con su participación en la guerra de los Siete Años pudo analizar las piezas de sus enemigos y aliados. Trabajó con modelos prusianos y más tarde, en 1762, con armamento austríaco. El ministro de la guerra en la década de 1760, Étienne-François duque de Choiseul, le permite importar a Francia cañones austríacos para trabajar con los mismos. De este modo, Jean-Baptiste Gribeauval logra esbozar un nuevo cañón de 18 libras. El objetivo del ingeniero francés era que los tubos de sus armas no superasen los 68 kilos, por otro lado, pretendía mejorar el sistema de 4, 8 y 12 libras. Uno de sus grandes logros fue el obús ligero de 6 pulgadas, sin embargo, la artillería le recuerda por ser el responsable de la disminución de la longitud de los cañones, el desarrollo de cureñas, enganches y tornillos elevadores y por propiciar una mayor maniobrabilidad a esta rama del ejército. En 1810 será el general Nicolas Songis el que tenga un papel relevante al rechazar los modelos de artillería franceses «año XI» y abogar por los modelos originales de Gribeauval.

Las coaliciones aliadas frente a Francia. Elaboración propia, 2021. Se reseñan únicamente los contingentes emblemáticos.

Coalición	Año	Componentes
Primera	1792-1797	Austria, España, Países Bajos, Inglaterra, Nápoles, Portugal, Prusia, Sicilia, Cerdeña
Segunda	1798-1802	Austria, Inglaterra, Nápoles, Rusia, Suecia
Tercera	1805	Austria, Inglaterra, Nápoles, Rusia, Suecia
Cuarta	1806-1807	Inglaterra, Prusia, Rusia, Suecia
Quinta	1809	Austria, Inglaterra
Sexta	1813-1814	Austria, Estados alemanes, Inglaterra, Prusia, Rusia, Suecia
Séptima	1815	Austria, Cerdeña, Estados alemanes, España, Países Bajos, Noruega, Inglaterra, Prusia, Portugal, Rusia, Sicilia, Suecia

Francia fue una nación de estrategias y teóricos de la guerra, así muchos personajes reputados de la talla de Napoleón lo demostraron desde su infancia:

Durante el invierno de 1783 a 1784, tan memorable por las nevadas que estuvieron cuajando caminos, patios, etc. Napoleón se apesadumbró sobremanera, careciendo de huertos y arbolados que le merecían tanto cariño. Teniendo que alternar con sus compañeros en los ratos de recreo, paseando con ellos por un salón anchuroso, acertó a desaburrirse del perpetuo y desabrido paseo, y persuadió a sus discípulos que se divertirían de sobremanera, abriéndose con palas varios caminos por medio de la nieve y levantando medias lunas, parapetos, caballeros, etc. Cuando nuestro primer trabajo esté concluido, les dijo, podremos dividirnos en pelotones, y formar una especie de sitio, encargándome yo de disponer los avances, como inventor de esta nueva diversión. Aviniéronse todos y llevó a cabo el intento. Aquel embrión de guerra duró quince días, suspendiendo entonces de resultas de los muchos colegiales que resultaron gravemente heridos con las piedras que se mezclaban al hacer bolas de nieve.

EL BARÓN DE BARDIN Y SU EPOPEYA LEGISLATIVA

El 19 de enero de 1812 se publicó el reglamento militar más famoso de la Europa napoleónica. El *Reglamento 1812* o «Reglamento Bardin» supuso una gran cantidad de cambios dentro de la Grande Armée, entre los que destaca la reestructuración de las fuerzas armadas, la modificación de los uniformes y la actualización de la jurisdicción militar del Ejército francés.

¿Quién fue Étienne Alexandre Bardin? Al estudiar los *Almanagues Imperiales*, publicados todos los días 1 de enero entre 1805 y 1813, se puede ubicar al barón Bardin como coronel del Regimiento de Pupilos de la Guardia y miembro de la Legión de Honor a principios de 1812. Étienne Alexandre nació en el seno de una familia ilustrada en 1774, de hecho, su padre era

el conocido artista Jean Bardin (su hermana siguió la misma trayectoria). Veterano del Ejército del Sambre (destinado en la actual Bélgica), alcanzó el cargo de oficial en el 8º Regimiento de Infantería ligera. Más adelante, sirvió de ayudante de campo del general Junot y, en 1811, sería trasladado al Ministerio de Guerra.

En julio de ese mismo año el emperador Napoleón I decide reunir a un grupo de oficiales versados en la administración regimental, además de expertos en reglamentación. El objetivo de esta reunión es conformar una comisión capaz de abaratar los presupuestos para la uniformidad y unificar el equipo militar de todo el Gran Ejército. Para ello, era preciso elaborar un nuevo reglamento y manual para las tres ramas del ejército: artillería, caballería e infantería. El presidente del comité fue M. Bourcier, consejero de estado del emperador. A este le seguían el general Sorbier (artillería), el coronel Dauttencourt (caballería), el mayor Bardin (infantería) y el oficial Dufour en nombre de los servicios administrativos. Étienne Alexandre Bardin fue el responsable de levantar el acta en las sesiones que se llevaron a cabo. Recomendó la disminución del largo de las colas en los uniformes, lo que suponía un gran ahorro, por otra parte, señaló que, al tratarse de una unidad de élite, la Guardia Imperial debía diferenciarse vistiendo casacas con patrones 1806 y 1810.

Algunas de las medidas adoptadas no fueron del gusto del mayor francés. Aspectos como el uniforme verde de los músicos o la disparidad de colores le recordaban al Ejército de Luis XIV. Del mismo modo, en los aspectos técnicos, detestó los reglamentos publicados por la Casa de Borbón. Cabe destacar que Bardin era un «enciclopedista innato», había leído todos los manuales militares previos y era conocedor de varios extranjeros.

Así, dejó constancia de su opinión sobre la organización de las tropas de Luis XVI:

Este reglamento (1786) tenía como único fin, oculto, el de agradar a los coquetos y poderosos coroneles otorgándoles los colores que, a su gusto, combinaban mejor entre ellos. (...) en Versalles y en las oficinas ministeriales, fue una cuestión de alta intriga o de estúpida filantropía (...) estos cambios de color.

Para el diseño de los uniformes se contó con diversos talleres al servicio del Ministerio de Guerra y con las láminas de Carle Vernet, quien ya había accedido a otros trabajos del Gobierno francés. A cambio de 16.000 francos, el pintor entregó en enero de 1812 la serie dedicada a los uniformes de infantería y, más tarde, el 7 de febrero, la parte referida a la caballería. No todos los nuevos componentes se pudieron utilizar en la campaña rusa, sin embargo, hay constancia de que para 1813 ya se encontraban muy extendidos con la excepción de las tropas destinadas en la península ibérica. Estos volúmenes inspirados en los antiguos «Delaistres», láminas de los distintos regimientos en el Antiguo Régimen y sus uniformes, se hacían llegar a los consejos de administración regimentales a la hora de confeccionar el vestuario para la unidad. También se adjuntaban circulares con muestras de textiles cosidas o selladas con cera.

Tras el decreto del 19 de enero de 1812 se procedió a la publicación del *Manuel de l'administration et de la vérification des masses d'habillement et de harnachement et ferrage*. La lectura de este ofrece una amplia visión de la burocracia en el Ejército francés a principios de siglo. Tal y como ya se ha comentado en apartados anteriores, el reglamento ejercía de diccionario y enciclopedia de consulta para los oficiales. Por esta misma razón se debía evitar la ausencia de las normativas publicadas



Litografía coloreada por Levachez en base a Vernet.
Carle Vernet, 1815, cesión de Anne S.K. Brown
Military Collection, Brown University Library.
Especial agradecimiento a la institución. Este tipo
de imágenes militares ya se encargaban antes de la
Revolución francesa, su función era transmitir a
los monarcas y a los «delfines» de Francia el estado
y composición de sus ejércitos. Es por ello por
lo que se detienen en los detalles del uniforme.

Varias de las colecciones más importantes
conservadas en el Hotel de los Inválidos de París
pertenece al artista Jacques-Antoine Delaistre, de
aquí procede el nombre de este estilo:

Delaistres o Delaistre.

en el último momento, a pesar de la difícil tarea que ello suponía. El manual de 1812 hizo acopio de todas las leyes, instrucciones y circulares más importantes. En total, la primera edición recopilaba una tabla cronológica con 98 decretos entre los que diferenciaba: decretos imperiales, y consulares, *arrêtes* o edictos ministeriales y circulares. Así, la nueva ordenanza mostraba las medidas de los uniformes, sus precios y varias planchas detalladas de Vernet con piezas del equipo militar. Es preciso señalar la existencia de otro manuscrito no oficial redactado por Bardin y que hoy se encuentra en el Archivo del Ministerio de Defensa de Vincennes. Y. Martin ha estudiado a fondo esta versión y ha descubierto que Étienne Alexandre Bardin se opuso a la impresión del volumen citado unas líneas más arriba:

Este manuscrito no se puede enviar a la imprenta porque: desde que fue escrito, su majestad ha tomado varias decisiones que modifica las disposiciones en él numeradas (...).

El coronel mayor de los granaderos a pie de la guardia imperial,

Bardin.

La gran mayoría de los historiadores afirman que la comisión publicó tres versiones, si se tiene en cuenta la extraoficial que acabamos de citar, del reglamento referido al año de 1812. En cambio, existe una cuarta publicación cuyo único autor es Bardin. En 1813 el ministro de la guerra solicita al veterano oficial una impresión especial y detallada para los alumnos de la Escuela Militar de Saint-Cyr. En esta ocasión el manuscrito se dividió en «lecciones» alcanzando un total de 3 títulos y 443 puntos, uno de ellos, a partir de la página 437 explica la *Escuela del soldado y del pelotón*.

Dedicado a su majestad el rey de Westfalia.

Esta edición se encuentra aumentada por la Escuela del Soldado y la del Pelotón, con planchas, y finaliza con una tabla alfabética razonada muy completa.

La acogida con la que ha honrado sus primeras ediciones; su traducción, realizada en dos ocasiones en alemán, y difundida en vuestros estados; su uso aplicado a la instrucción de las tropas de Westfalia, pueda justificar la ambición que nuestro al decorar con vuestro nombre sus primeras páginas.

El *Manual de infantería o resumen de todos los reglamentos (...)* de 1813 demuestra a los historiadores militares el éxito de las ordenanzas del año anterior, difundidas por los estados aliados del Primer Imperio.

Manual de infantería o resumen de todos los reglamentos (...). Elaboración propia, 2021. Especial agradecimiento a Thomas Rahm Armuña. Algunas de las lecciones se encuentran adaptadas, ya que se trata de un lenguaje militar propio que no ofrece el mismo significado en lengua castellana.

Título I	Título II	Título III
1- Preparación de los alimentos	1- Gran equipo	1- El deber del ayudante
2- Preparación y uso del cuero y correajes.	2- Nociones generales de la táctica	2- El deber del vaguemaestre
3- Limpieza	3- Marcha militar	3- El deber del portabandera
4- Desmontaje y montaje	4- Viejos y nuevos estilos de disparo	4- El deber del sargento mayor
5- Sujeción y limpieza de armas	5- Principios de tiro	5- El deber del tambor mayor

Continuación

Título I	Título II	Título III
6- Piedra de sílex	6- Policía	6- El deber del sargento
7- Detalles de armas	7- Disciplina	7- El deber del furriel
8- Uso de la cartuchera	8- Justicia militar	8- Deber del cabo tambor
9- Gorro cuartelero	9- Leyes	9- Deber diario del cabo
10- Cartuchos	10- Servicio militar	10- Deber del cabo jefe de escuadra
11- Cargos del soldado	11-Administración	11- Deber semanal del cabo
12- Ejercicio	12-Contabilidad	12- Deber ordinario del jefe
13- Manejo del arma	13- Estado civil	13- Deber del cabo de ordenanza
14-Formaciones	-	14- Deber del cabo de pelotón
15- Maniobras imprevistas	-	15- Deber del cabo de patrulla
16- Tácticas no recomendadas	-	16- Deber del cabo de guardia
17- Trabajos de asedio y campaña	-	17- Deber del cabo en ruta
18-Campamento	-	18- Deberes del cabo en campaña